



**Homilía en la Santa Misa de Ordenación presbiteral
de José María Cordero de Sousa
S. I. Catedral (El Burgo de Osma, Soria) – 8 de septiembre de 2019**

Queridos Sres. Vicarios, Rector y Formador de nuestro Seminario, Rector y Formadores del Seminario de Burgos, sacerdotes concelebrantes, seminaristas, hermanos todos en el Señor:

Saludo con especial afecto a tu familia, querido José María, y doy la bienvenida a todos los que habéis llegado de los diversos lugares en los que José María ha desarrollado su vida humana, cristiana y de maduración vocacional. Nuestra Diócesis de Osma-Soria hoy está de fiesta grande porque un nuevo miembro se incorpora a nuestro presbiterio diocesano. Queremos acompañarte en este momento sublime de tu vida en el que vas a recibir el sagrado Orden del presbiterado y queremos unirnos también a tu acción de gracias a Dios. Para mí, como Obispo y pastor de esta Diócesis, hoy es un día de gran gozo porque será el primer presbítero diocesano a quien ordenaré por la imposición de las manos y la unción del santo crisma para que seas servidor de esta Iglesia concreta que peregrina en Osma-Soria.

Hoy el Señor, que como al profeta Jeremías ya te escogió en el seno materno, te concede un nuevo y hermosísimo regalo, que nadie es capaz de alcanzar por sus propios méritos: a través del sacramento del Orden, el Señor comparte contigo su más honda identidad, su eterno Sacerdocio a favor de todos los hombres. Te concede participar en lo más entrañable y radical de la misión que Él recibió del Padre. Por la imposición de mis manos y por la unción del Espíritu Santo, que va a derramarse sobre ti, vas a participar en el sacerdocio de Cristo. ¿Qué implica esta participación en la misión de Cristo?: *“El ministerio de los presbíteros, por estar unido con el Orden episcopal, participa de la autoridad con que Cristo mismo edifica, santifica y gobierna su cuerpo... Se confiere por aquel especial sacramento con el que los presbíteros, por la unción del Espíritu Santo, quedan sellados con un carácter particular, y así se configuran con Cristo Sacerdote, de suerte que puedan obrar como en persona de Cristo cabeza”* (PO 2).

En la audiencia que el Santo Padre Francisco tuvo con los representantes pontificios o Nuncios el pasado mes de junio, entregó un discurso preparado para esa circunstancia y que contenía un decálogo que, como el mismo Papa indica, en realidad está dirigido a todos los obispos, presbíteros y consagrados de todas las partes del mundo. Cada uno de esos diez puntos sirve para una reflexión intensa y extensa. Me fijó solamente en tres:

El presbítero es un hombre de oración

Ser un hombre de Dios exige una relación íntima y profunda con el Señor que lleva a una entrega sin reservas. Él nos dice: *“Si alguno se viene conmigo y no pospone a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío”* (Lc 14, 1). En nuestra vida existe la tentación de abandonar la oración por un activismo apostólico mal entendido que, a la larga, resulta infructuoso; o por un dejarnos llevar por la rutina o comodidad convirtiéndonos en funcionarios descontentos y frustrados. Queridos hermanos, el don de la oración nos lleva a tener una vivencia singular de la alegría de Jesús en nuestro ministerio con los sencillos, los pequeños, los últimos, los pecadores. Nos lleva a meditar incansablemente los senderos de las Bienaventuranzas y entrar con frecuencia en el gozo en el Espíritu Santo que llena a Jesús, *“¿pues quién rastreará las cosas del cielo, quién conocerá tu designio, si Tú no le das sabiduría enviando tu Santo Espíritu desde el cielo?”* (Sab 9, 16-17)

El sacerdote debe ser alguien que trata y conoce íntimamente el Corazón de Jesucristo, no sólo cuando las cosas van bien y todo es alegría, sino también en lo más hondo de sus sufrimientos: *“Ser un hombre de Dios significa seguir a Dios en todo y por todo; obedecer sus mandamientos con alegría; vivir por las cosas de Dios y no las del mundo; dedicarle libremente todos los recursos, aceptando con espíritu generoso los sufrimientos que surgen como resultado de la fe en Él”*. Las palabras de Jesús en el Evangelio no son retórica, son una realidad: *“Quien no lleve su cruz detrás de mí, no puede ser discípulo mío”* (Lc 14, 27)

Un hombre de Iglesia

Querido José María, vas a desarrollar tu vida ministerial en una Diócesis concreta, con un presbiterio concreto presidido por el Obispo, en unas comunidades parroquiales concretas. No tengas miedo de entregarte siempre en comunión con tu Obispo, con el presbiterio y con toda la comunidad diocesana. El apóstol Pablo nos ha dado una clave en la segunda lectura que tú mismo has elegido para tu ordenación: *“Tened cuidado de vosotros y del rebaño que el Espíritu Santo os ha encargado guardar, como pastores de la Iglesia de Dios”* (Hch 20, 28). La Iglesia la formamos las personas pero no la poseemos de forma despótica para servirnos de ella, ya que viene del mismo Dios Trino que *“determinó convocar a los creyentes en Cristo en la Santa Iglesia, que ya fue prefigurada en el origen del mundo, preparada admirablemente en la historia del Pueblo de Israel y en el Antiguo Testamento, constituida en los últimos tiempos, manifestada por la efusión del Espíritu Santo y se perfeccionará gloriosamente al fin de los tiempos”* (LG 2).

Aprovecho para agradecer tantos ejemplos de entrega generosa que atesora nuestra Diócesis por parte de los sacerdotes, los religiosos y también los laicos, padres y madres de familia, catequistas, maestros de Religión, voluntariado del mundo de la caridad y un largo etcétera. El mal hace mucho estruendo mientras que el bien es silencioso, no hace ruido; hace más ruido el árbol que cae que el bosque crece. O con palabras de un santo: *“El ruido no hace bien, el bien no hace ruido”*.

Hombre de celo apostólico

El sacerdocio ministerial que te va a ser conferido significa compartir la misma misión de Cristo e implica también participar en el amor que Cristo tiene a todos los hombres y en su voluntad de salvarlos y de ayudarles. Por eso vas a ser, por Cristo, con Él y en Él, el altar de todos los hombres. En ti, en tu corazón, tendrán un lugar las ofrendas de todos los hombres, sus vidas y sus trabajos, los gozos y esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren (cfr. GS 1). Compartir el sacerdocio de Jesucristo nos hace altar del universo donde el hombre pone la ofrenda de su pobreza y el fuego del Espíritu lo purifica todo, lo cristifica todo, para gloria de la Santísima Trinidad.

“Totus omnibus omnes Christo”, “Todo para todos, todos para Cristo” es el lema que has elegido para tu ordenación. El fuego misionero, la pasión por ayudar y entregarse a los otros, debe llenar de ofrendas el altar de la Eucaristía: la ofrenda de quienes no conocen todavía a Dios, de los habitantes de nuestros pueblos y aldeas, cada día más disminuidos en población, de quienes viven como ovejas sin pastor, de quienes, como aquellos que crucificaron a Jesús entonces, ahora mismo, en nuestro tiempo, no saben lo que hacen.

Le pido al Señor que te conceda vivir en santidad: estando en cualquier lugar y misión de nuestra Diócesis. Igual da un sitio que otro, igual da estar con muchos que con pocos. Lo importante es estar donde nos pone el Señor. Y allí ser altar, aunque no veas los frutos... lo tuyo es ser altar entregándote sin reservas por el Reino de Dios.

Hoy es la Natividad de la Virgen María, Madre sacerdotal, dulzura de la vida. No lo dudes jamás: Ella, Madre y Maestra, reforzará cada día tu vocación, para que seas fiel al ministerio recibido. No abandones nunca la devoción filial a la Madre de Jesús. Ella, la Virgen Madre, te consolará en todas tus aflicciones y te conseguirá del Padre la fuerza y los dones del Espíritu, en Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria